

Vida y Esperanza Dr. Rafael Polanco Delgado

Alguien dijo que la fe es vida o no es fe; yo también pienso, y ciertamente no seré el único, que la vida es esperanza o no es vida.

¿A que esperamos nosotros, si a nuestro alrededor contemplamos un panorama lleno de angustia y dolor en todo tipo de niveles y circunstancias, por doquier?

Origen, motivo y objeto

Y sin embargo existe algo en nuestro interior, transmitido y vivificado por la fe, algo que nos empuja hacia delante: a esto le llamamos esperanza. Realmente fijándonos en ella con atención, ésta es base y fundamento de nuestra existencia, es como la tabla de salvación a la que se ase crispado el naufrago, cuando sus pies no pueden apoyarse en nada estable, a ella nos aferramos en la crisis, en la última instancia, en el peligro inminente, en la situación sin salida. Cuando nos hacemos conscientes de nuestra radical incapacidad e indigencia, es decir, a todas horas, la esperanza nos libra de la desesperación.

La esperanza representa el sostén de nuestra alma, es algo así como la estructura de nuestra naturaleza mortal. El hombre, desde que nace es promesa, ansia y continua búsqueda; solamente la esperanza nos permite vivir, hacer nuestro un placer anticipado de algo más trascendente, de nuestra verdadera patria, percatarnos de que “todavía” no somos, no hemos llegado, aún somos un proyecto de nuestro propio ser, de nuestra verdadera o autentica realidad, de nuestro acontecer evolutivo y siempre inconcluso, realidad creada para nosotros desde antes y para después de los tiempos y que culmina y se vuelve tangible cuando atravesamos nuestras personales horcas caudinas, las puertas de la muerte.

Actualmente, en la existencia que nos ha tocado vivir, puede parecer dificultoso encontrar espacios para la esperanza, puede que sintamos muy vagas o lejanas las palabras de “...Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1 Pt 2,9) y, sin embargo, todos los que buscamos vivir en la esperanza de Cristo, debemos reconocer su significado.

Esencialmente la esperanza nos ancla al futuro, nos fija a un “después de”, pero se enraíza en nuestro Dios actual y presente, su fuente es Él, quien únicamente puede amar y nos busca y llama en forma permanente e infinita.

En el A.T. podemos reconocer que aquella misteriosa fuente de vida que conocemos como Dios, llama a la humanidad a una relación con Él y establece con ella una alianza de Amor y Fidelidad sobre las bases de que, por su bondad, siempre estará a nuestro lado y jamás abandonara a su comunidad.

En esto radica la fuente de la esperanza bíblica: Dios no cambia, es bondad permanente y no abandona a nadie en sus dificultades. El desquiciado mundo en el que vivimos está muy lejos de la paz, de la solidaridad, de la compasión, de la salud, de la justicia, etc., pero sabemos que estas circunstancias son transitorias y que algún día tendrán un fin. Por nuestra fe en Dios tenemos la promesa y la certeza de un mundo diseñado según la voluntad del Creador, en el que todo gira alrededor de su amor ilimitado.

Secuencias

Si repasamos brevemente el devenir de la humanidad desde sus albores, vemos que éste se inicia, considerando el punto de vista histórico, en Sumeria hace unos 3000 años a.C. y, curiosamente, de allí procedió Abraham. Enseguida observamos como el plan de salvación de Dios se va desarrollando, etapa tras etapa, a lo largo de la historia, hasta culminar en la llegada del Salvador entre su pueblo, en el misterio de la Encarnación.

Es así como en el A.T. encontramos a la esperanza bajo el aspecto de promesa. Cuando el Señor se relaciona con la humanidad, le promete una vida de plenitud. Esta realidad se concretiza con Abraham: “De ti haré una nación grande y Yo te bendeciré”. (Gen 12,3). Lo dice el Señor, transpolando sus palabras, a toda la humanidad (Gal 3, 26-29).

Una promesa de esta índole nos abre inusitadas expectativas de Vida; se abre y proyecta al futuro, pero se enraíza en una relación con Dios que, aquí, siempre y ahora, nos habla, nos llama, nos invita, proponiéndonos algo concreto y este hecho, este pacto constituye la semilla y el fundamento de nuestro porvenir.

La llegada del Salvador, su actuación, que enseguida se inicia con las bienaventuranzas, y su posterior muerte y resurrección, hacen todavía más real y concreta aquella promesa radical. Él es el pastor que guía, el agua que sacia nuestra sed, la luz que ilumina nuestras tinieblas, el médico y al mismo tiempo la medicina de nuestras almas y también de nuestros cuerpos, el cordero que mansamente camina hacia su inmolación y muere por nosotros y de esa forma Él “hace y anda” el camino que nos lleva a la Vida auténtica. En Él, escribe Pablo, se cumplen todas las promesas divinas (2 Cor 1,20) y Cristo resucitado afirma: “Yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20); incluso hay todavía otro texto de Pablo aún más explícito “... y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo...” (Rom 5,5).

La esperanza cristiana no es un simple deseo para el futuro, cuya realización permanece en un “...ya veremos”, es la realidad del Amor divino en la tercera Persona de la Santísima Trinidad, cuyo aliento nos llena en la Comunión.

La humanidad sufre y busca, alborotada y a tientas, poner fin a su dolor, sin percatarse de la verdadera luz, ya que la esperanza cristiana no nos conduce a una vida más cómoda o al sueño de un mundo utópico. En ningún momento refleja lo que nos gustaría ser, hacer o tener, pero sí nosotros podemos intuir la visión de la nueva Jerusalén que Cristo nos asegura con su Resurrección.

Armados por esta esperanza encontramos la fuerza para vivir de manera diferente, para llevar a cabo nuestra vocación terrena, con la mayor perfección de que seamos capaces, y no caer en los pseudo-valores de una sociedad que intenta encontrar, desesperada a través del poder y de la competitividad, una “felicidad” ficticia y transitoria que nos deja al final, con las manos vacías.

En el A.T. se concibe la promesa no como algo mágico que hay que esperar en forma pasiva; al contrario, antes de que el Señor establezca el pacto con Abraham, le ordena “Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” (Gen 12,1). Con esta promesa se nos invitó a realizar un largo peregrinaje aventurándonos a un comienzo nuevo, con un gran esfuerzo no exento de vacilaciones, de sacrificios y de dolores.

El signo más claro de una vida nueva para los primeros cristianos, fue su unión en comunidades de diversas procedencias e idiomas, que brotaron a las orillas del Mediterráneo. Hombres y mujeres superaban sus diferencias y vivían juntos en armónicas hermandades, como familia de Cristo. Ellos oraban juntos y compartían sus pertenencias según sus necesidades particulares (Hechos de los Apóstoles 2, 42-47). Se esforzaban por ser “siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos”. (Fil 2,2): de esta forma “brillen en el mundo como antorchas” (Fil 2,15). La esperanza cristiana encendió desde el comienzo un fuego nuevo sobre la tierra.

También la nueva noticia de la Resurrección la debemos interpretar como una llamada a la ruptura, sin descuidar por ello las tareas terrenales. “Galileos, que hacen ahí mirando al cielo?” (Hechos de los Apóstoles 1,11).

Simultáneamente, sin embargo, fortalecidos por el Espíritu Santo, vivimos los creyentes en solidaridad con una humanidad que ha cortado sus raíces con Dios. En su Carta a los Romanos nos habla Pablo del sufrimiento de la creación que vive a la espera y lo compara con los dolores del parto. Y añade: “Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar con nosotros” (Rom. 8,18-23).

Esperar la recompensa

La fe sola no nos da ningún derecho, no nos lleva fuera de este mundo. Nosotros “suspiramos” y caminamos, participamos de su dolor pero vivimos en la esperanza, en la certeza de que en Cristo las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya (1 Jn., 2,8).

Esperar quiere decir descubrir en la profundidad de cada uno de nosotros, una vida terrenal que transcurre, y nadie puede detener, y recibirla y aceptarla tal cual es con todo el corazón, pero conscientes de que no es la definitiva, ni la última, incluso allí donde una persona - en un amor sin condiciones y sin egoísmo, en una última fidelidad que no espera ser compensada, en la responsabilidad del que se encuentra solo, aislado, sin nadie que le exija o controle - está desarrollando una fe esperanzadora en su permanencia definitiva.

Siempre podremos actuar conscientes de la esperanza, semilla de un nuevo mundo, cuyos frutos no tardaremos en recolectar cuando nos llegue la hora. Ignoramos cuándo será ésta, pero el Señor nos acompaña hasta el final de nuestro viaje y, aunque nos amenacen las tormentas, Él sabrá como apartarlas de nuestro camino, si sabemos poner nuestras vidas en sus manos.

Es posible también vivir con amor, fidelidad y responsabilidad, aunque no parezcan “rentables” y pensar que la vida terrena acabara en un vacío y en la nada, pero, incluso dentro de esa manera de pensar, existe una contradicción. Estos comportamientos de vida constituyen por sí, bases de esperanza en una meta, en una permanencia salvadora en un más allá, y confirman la primera y la última condición de esa esperanza que llamamos Dios. Solamente en esta convicción podemos responsabilizarnos verdaderamente de la vida, estar ciertos de que todos nuestros actos no se degradarán a un abono para un proyecto existencial que desaparecerá, como se diluye la estela de un barco en la superficie del mar azul.

Quien viva y obre en la fe y en la certeza de que nuestra eternidad se inicia desde el primer instante de nuestra vida, y en cuyo transcurso es posible percibir el amor y la fidelidad de Dios, se encuentra en la mejor situación para considerar estas experiencias como algo no pasajero. Él intuirá en el amor de Dios y del prójimo, la infinitud en el tiempo y que éste no está corriendo en vano.

A la memoria se me vienen aquellos versos breves de un gran maestro que yo tuve, Gregorio Maraño escribía:

*Vivir no es sólo existir
Sino pensar y crear
Saber gozar y sufrir
Y no dormir sin soñar*

Cada uno de nosotros somos una unidad con sueños y esperanza propios. Esta nace en nosotros por la gracia de Dios, cuando aceptamos con valor la responsabilidad de nuestro devenir, cuando nuestra oración es su expresión, los sacramentos alimento, y cuando estamos seguros de la resurrección del Señor, lo cual al mismo tiempo implica la resurrección de nuestra carne para toda la eternidad. Realmente allí Él nos ofrece su gran festín y con certeza no nos sentaremos a la mesa de un avaro.